
EL RETO CENTROAMERICANO ANTE UN MUNDO EN TRANSICION

Erika Gólcher Barguil

"Solo en la paz y en la búsqueda de un futuro común encontrará Centroamérica el desarrollo y el progreso"
Oscar Arias Sanchez

INTRODUCCION

Don Oscar Arias Sanchez, ex-Presidente de Costa Rica (1986-1990) y Premio Nobel de la Paz, pronunció estas palabras en un discurso en 1989. Hoy más que nunca, sus palabras recobran una importancia especial, en momentos en que el mundo se halla en vías de encontrar y establecer un nuevo orden mundial.

Este ensayo girará en torno a la problemática de la búsqueda, por parte de las naciones, de un nuevo orden que sienta las bases para el futuro desarrollo económico, político y social del mundo. Dentro de esta búsqueda, América Latina, y especialmente Centroamérica, debe encontrar los mecanismos que le permita enfrentar los desafíos del nuevo orden mundial.

Por una cuestión metodológica el artículo se ha dividido en tres partes. La primera se centra en el análisis de las transformaciones ocurridas en los países centrales, a partir de 1980, y cómo esas transformaciones afectan, no solo las relaciones entre los países centrales, sino el marco en el cual se desenvuelven los países en desarrollo y los países del Tercer Mundo. Nuestro propósito es analizar la naturaleza de esas transformaciones en los países centrales: Japón, los países de la Comunidad Económica Europea (CEE), la Comunidad de Estados Independientes (CEI) formada por los antiguos territorios pertenecientes a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y los Estados Unidos; y calibrar su impacto sobre el funcionamiento del sistema internacional, y en particular sobre la región centroamericana. Esto con el fin de comprender las características del nuevo orden mundial en el cual se deben enfrentar los desafíos del desarrollo y el progreso centroamericano.

La segunda parte la dedicamos a valorar cómo los cambios político-estratégicos, los problemas del sistema económico internacional y el nuevo rango de conflictos mundiales configuran un inestable clima de transición. Estos cambios impactan fuertemente a la región centroamericana, debido a las nuevas políticas de los países centrales hacia esta región. Trataremos de definir los mecanismos que ayudarían a Cen-

troamérica a encarar los cambios mundiales y resaltaremos lo vital que es enfrentar los desafíos unidos; así, la integración centroamericana se convierte en el punto clave de las agendas internacionales de estos países.

En la tercera parte se plantearán los posibles escenarios futuros del desarrollo mundial y el papel que le tocaría desempeñar a Centroamérica, dependiendo de los reacomodos del orden mundial, y los mecanismos que debe utilizar para resolver con éxito los cambios por venir.

Con este ensayo pretendemos crear una mayor conciencia sobre los grandes y complejos retos que debe enfrentar Centroamérica ante el nuevo orden mundial que se avecina y buscar las soluciones para que en los albores del siglo XXI la región pueda encontrar, al fin, el desarrollo económico, la justicia social y la democracia política.

1. UN SISTEMA MUNDIAL EN TRANSICION.

Las transformaciones ocurridas en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas a partir de la designación de Mijail Gorbachov como Primer Ministro en 1985, fueron los primeros síntomas de que el orden mundial establecido, con la finalización de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), estaba llegando a su término.

El sistema mundial de la posguerra se organizó alrededor de la bipolaridad entre dos sistemas políticos, económica y socialmente irreconciliables: el socialista, liderado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y el capitalista, a cuya cabeza se encontraban los Estados Unidos de Norte América. Ante la bipolaridad, al resto de las naciones no les quedó otra alternativa más que alinearse a alguna de las potencias. Durante cuatro décadas, las reglas del juego internacional estuvieron bien definidas y claras. Este sistema comenzó a resquebrajarse a partir del decenio del 80, cuando los cambios internos en los países centrales alteraron sus políticas exteriores.

Las transformaciones que comenzaron a manifestarse con la era Gorbachov captaron la atención

mundial en la medida en que afectaban la participación soviética en sus Repúblicas, con sus países satélites y con el sistema mundial. La Perestroika (reestructuración o reforma económica) y el Glasnot (transparencia) transformaron la política interna soviética. La perestroika dirigió sus objetivos a disminuir la defensa, aumentar la inversión y mejorar el consumo; estos nuevos objetivos requerían de un cambio de las estructuras económicas, políticas y sociales. Es decir se requería de "...nuevas relaciones de distensión que permitieran evitar los costos de competencia militar y redirigir las energías intelectuales, técnicas y materiales del país a la modernización de los procesos productivos civiles" (Varas; 1990: 371).

Con Gorbachov se hizo evidente que el costo militar de ser una superpotencia había sobrepasado su capacidad económica; en otras palabras, los requerimientos de su papel como una gran potencia militar y política fueron incompatibles con el crecimiento de su economía. Además, la economía se dirigió a competir política y militarmente con el mundo capitalista, sin satisfacer las necesidades domésticas: "la revolución tecno-científica se quedó en la industria pesada y no llegó a la agricultura, la vivienda, el alimento: expansión externa y decadencia interna..." (Portales; 1989: 78). Así, la estrecha base tecnológica de la industria de consumo y el uso no productivo de los recursos naturales y humanos fueron los que en gran medida acabaron con el sistema socialista soviético y alteraron su política interna. Estos cambios en su política interna tuvieron grandes repercusiones internacionales: ya no era posible mantener, con una economía postrada, el enfrentamiento con el mundo capitalista y con China comunista, sostener a los países del este de Europa, a Etiopía, Cuba y Angola, y continuar una guerra con Afganistán; además del costo político de ser una potencia a nivel mundial con apoyo diplomático y comercio subsidiado.

Con Gorbachov se hicieron manifiestos los grandes problemas internos a los que debía enfrentarse la potencia soviética, entre ellos, la burocracia, los nacionalismos, la necesidad de inversión extranjera, la transferencia de tecnología, las fuerzas militares y los grupos conservadores. Gorbachov representó el inicio de la transición hacia un nuevo modelo de desarrollo y el fin del modelo soviético, manifestado también en la caída del Muro de Berlín y la unión de las Alemanias, en la apertura democrática en Polonia y Hungría, en Checoslovaquia, Bulgaria y Rumania, y en los movimientos nacionalistas y separatistas del imperio soviético (Tomassini; 1991: 85).

Unido a estos graves elementos desestabilizadores se presentan serios problemas de inestabilidad política, puestos de manifiesto con la renuncia de Gorbachov y el ascenso al poder de Boris Yeltsin y su grupo. Este sector pretende la transformación acele-

rada de la sociedad soviética, para lo cual ha soslayado su papel como superpotencia y enfatiza en los esfuerzos para iniciar la transición hacia un sistema capitalista, con la ayuda de sus antiguos enemigos y de los organismos internacionales.

En estos momentos vislumbrar el futuro de esta región es muy difícil; los complejos problemas que enfrenta la otrora superpotencia en todos los campos de la sociedad hacen prácticamente imposible predecir algún tipo de resultado del reacomodo de las fuerzas sociales. Lo único que queda claro es que ya la URSS no existe como tal y con este elemento es con el que tenemos que calibrar el futuro ordenamiento del sistema mundial.

El costo económico de ser una superpotencia no solo afectó a la entonces Unión Soviética sino también a los Estados Unidos. En los años de la posguerra, los Estados Unidos llegaron a controlar la mitad de la producción mundial, pero ya para fines del decenio del 80 sólo dominaban la cuarta parte de la misma; era visible que aunque Estados Unidos seguía teniendo una posición influyente en el sistema mundial ya ésta no era decisiva (Scott; 1989: 39).

Los problemas norteamericanos comenzaron, al igual que el de su acérrima enemiga, en los años finales de la Guerra Fría. Las administraciones reaganianas (1980-1988) fueron sumamente negativas para el país, a pesar del despliegue de fuerza y de la recuperación de la imagen de superpotencia. El costo económico de este despliegue de fuerza diplomática y militar fue muy alto, ya que se basó en el endeudamiento y en la ampliación del déficit fiscal y comercial (a este modelo económico se le conoce como "reaganomics").

Con la llegada a la presidencia de George Bush (1988-1992) fue notorio un cambio en la política interna, con un manejo más comedido de los desequilibrios económicos y cierta moderación en su proyección externa, ayudado por el descalabro político y económico soviético. Los problemas norteamericanos en estos momentos se centran principalmente en los ajustes económicos: el rápido desarrollo del déficit fiscal y comercial, problemas de la baja en la productividad y en atraso tecnológico en comparación a otros países del mundo, además del peso económico de un gran crecimiento militar. Para tener una mayor noción del grave problema económico norteamericano basta ejemplificar con que a principios de los noventa la deuda pública norteamericana es equivalente al 55% del Producto Nacional Bruto y el pago de intereses absorbe más del 20% del presupuesto anual nacional (Marshall; 1989: 39).

Frente a estos problemas económicos, Estados Unidos ha aceptado que ya no le es posible, con su capacidad económica, sostener su supremacía mundial y que la solución estriba en compartir el peso económico y político. Así, en estos momentos, en el sistema mundial, el poder norteamericano es relativamen-

te menor al del mundo de la Guerra Fría y "...los compromisos que la creciente complejidad de las relaciones económicas y políticas internacionales lo obligan a asumir para mantener su posición de liderazgo global han aumentado. Existe entonces en la postura estratégica de Estados Unidos el aumento de la brecha entre demandas y capacidades en política exterior" (Insulza; 1989: 123). La política internacional que está proponiendo Estados Unidos al mundo, es la de compartir los costos de la defensa mundial (burden-sharing) con las otras potencias económicas: Japón y los países de la Comunidad Económica Europea, especialmente Alemania.

Si valoramos en estos momentos la situación económica norteamericana es claro que ya los Estados Unidos, a pesar de su gran capacidad, no puede mantener su posición de privilegio en el sistema mundial y que debe buscar la solución en el compartimiento del poder con las otras naciones industrializadas. El problema inminente que debe resolver es lograr que estas naciones compartan el costo económico, político y militar de ser potencias mundiales.

Para el decenio del 80, Japón se había consolidado como líder económico mundial, con una capacidad financiera que asombró al mundo entero. El éxito japonés reside en que ha privilegiado la inversión en todas las áreas, especialmente en la investigación y el desarrollo, ha mantenido niveles muy modestos de consumo y ha limitado en exceso sus gastos en la defensa. La era imperial que vive el Japón es signo de su gran desarrollo: "HENSEI", que significa ganando prosperidad. Así, Japón se encuentra en estos momentos movilizando su poder económico y financiero con objetivos muy estratégicos.

Estos objetivos provienen de la raíz misma de la debilidad japonesa: su dependencia absoluta de recursos naturales y bienes alimenticios que su tierra no provee. Los objetivos tienden a consolidar excelentes relaciones con la mayoría de los países para asegurar las fuentes de abastecimiento para su industria. Esto significa que Japón privilegia sus relaciones económicas y no desea establecer relaciones geopolíticas que pongan en peligro sus fuentes de recursos. Esta debilidad japonesa es lo que explica la alta inversión en investigación y desarrollo en campos como la biotecnología, la microelectrónica y nuevos materiales como los superconductores.

El mayor obstáculo a nivel exterior que debe enfrentar Japón, ante la caída del mundo socialista y la crisis económica norteamericana, es calibrar si como potencia económica del mundo desea compartir los costos políticos y de defensa de esa supremacía. Estados Unidos y los países de Europa Occidental han comenzado a presionar para que Japón asuma un rol político. Pero la clase dominante de este país ha repetido claramente que la contribución japonesa en el concierto de las naciones debe ser únicamente en el

campo de la política económica internacional: promocionando el libre comercio (política que redundará en su claro beneficio como uno de los países que más exporta a nivel mundial y que se ha convertido en roce permanente entre Japón y Estados Unidos, ya que estos últimos lo acusan de ser el responsable de sus déficits comerciales), aumentando sus importaciones y sus niveles de consumo, otorgando ayuda financiera para el desarrollo del Tercer Mundo (especialmente en préstamos bilaterales y multilaterales a través de los organismos internacionales) y aportando soluciones para el problema de la deuda externa (Andrade; 1989: 184).

Japón lo que desea es mantener su rol económico mundial, pero en el nivel político prefiere descansar en su alianza militar con los Estados Unidos; y nada en la política interna japonesa vislumbra un cambio en esa tendencia. Japón no desea pagar el costo político y militar de ser una potencia económica, a pesar de la presión norteamericana para que actúe de manera contraria. Es por esto que Japón ha destinado gran cantidad de sus recursos financieros para ayudar a solventar la crisis económica norteamericana.

La otra zona del mundo que también está sufriendo grandes cambios internos es Europa Occidental. Esta región, que luego de la Segunda Guerra Mundial quedó devastada, pudo reconstruirse gracias al Plan Marshall y constituyó, durante toda la Guerra Fría, una importante zona de contención al avance de la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Además, su rápida recuperación económica le permitió en un corto lapso recuperar parte de su supremacía mundial como potencia económica y política mundial, expresando su seguridad militar en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) (Wilhelmy; 1989: 237).

Los cambios internos de la región provienen de su intento de integración en la Comunidad Económica Europea (CEE). Esta identifica a países de la Europa Occidental que comparten el deseo de establecer democracias libres y representativas y asegurar el desarrollo económico capitalista, con el fin de fortalecer sus estructuras productivas y elevar sus niveles de competitividad mundial. Esta región ha alcanzado grandes logros como son el poseer el sector industrial más importante del mundo, las inversiones millonarias en investigación y desarrollo (Eureka, Esprit), el impresionante auge técnico de su agricultura (que la convierte en la segunda exportadora mundial de productos agrícolas, después de Estados Unidos), y un gran crecimiento comercial (Hrbek; 1989: 128).

Altos niveles de desempleo, privatización de las empresas estatales, la supremacía alemana, son sólo parte de los obstáculos que deben enfrentar estos países para llegar a una integración efectiva: "Hoy todos los esfuerzos tienden a realizar progresos concretos hacia la unidad europea y a formalizar el estatus

del Consejo Europeo, el Parlamento Europeo y la Cooperación Política Europea. Pero todavía enfrentan muchos problemas y disparidades en el campo político, económico, fiscal, social y monetario que de no resolverse pueden debilitar el proceso ...y el mayor problema es que sus alcances no siempre parecen asumidos por los ciudadanos y fuerzas políticas de los diversos países de la región" (Van Klaveren; 1989: 173).

Esta situación ha alterado gravemente el sistema mundial con una Europa dividida y a la vez unida que no termina por ejecutar un sistema estable de organización regional, y que por su posición mundial afecta a la mayoría de las naciones, ya que es un elemento más de transición hacia un nuevo orden mundial. A este problema se suma el conflicto político que representan los países de la Europa Oriental, los cuales necesitan ayuda financiera de manera desesperada para poder superar la crisis política, económica y social que enfrentan desde la caída del mundo socialista.

Estos profundos cambios internos en los países centrales cerraron el capítulo del orden mundial basado en la bipolaridad, e iniciaron una etapa de transición hacia un nuevo orden que no se establecerá en forma definitiva, hasta tanto los países centrales no resuelvan sus problemas internos. Así, la desaparición del mundo socialista, la relativa debilidad económica norteamericana, la dinámica integracionista europea, y el ascenso del Japón son los elementos que conformarán el nuevo orden mundial, orden que se vislumbra como un sistema organizado en bloques económicos: la Comunidad Económica Europea, Japón y el mundo asiático, y el Tratado NAFTA que unirá a Estados Unidos, Canadá y México.

Pero lo que más ha alterado la estructura internacional es la creciente transnacionalización del sistema capitalista. Las grandes empresas y conglomerados "...planifican a escala mundial sus estrategias de producción y ventas, la ubicación de sus procesos de investigación y desarrollo y compiten por los talentos. Se tiende a separar cada vez más la identidad de esas grandes empresas con los estados nacionales. La operación a escala global en mercados crecientemente interconectados disminuye la capacidad de control de los Estados Nacionales sobre la economía..." (Portales; 1989: 15).

Ante esta situación de un mundo en transición, los países centroamericanos deben variar sustancialmente los puntos claves de sus agendas en política exterior para enfrentar el reto de un nuevo orden mundial.

2. CENTROAMERICA ANTE UN MUNDO EN TRANSICION

Las transformaciones internas en los países centrales han impactado fuertemente a la región centroamericana debido al cambio repentino de las políticas exteriores hacia esta zona. Para Centroamérica, el decenio del 80 significó una época de crisis en sus estructuras económicas, políticas y sociales. Una década marcada por un bajo desarrollo económico, por una amplia crisis política interna y externa, y por el empobrecimiento de las condiciones de vida de sus habitantes (bajos salarios, desempleo, problemas de salud). En este decenio se enfrentaron graves dificultades: como el de la deuda externa, las exportaciones basadas en productos agrícolas a bajo precio, sin margen de maniobra económica y política internacional, la declinación sistemática de su comercio mundial y la pérdida de inversionistas extranjeros y préstamos de origen privado; todo esto agravado por el lento crecimiento de las economías desarrolladas, especialmente de Estados Unidos la potencia hegemónica de la región, y por la inestabilidad prevaleciente en la economía mundial. Así, a problemas estructurales internos se unió el inestable clima de transición internacional y ambos sumaron más factores negativos que positivos para el desarrollo económico de la región.

Los cambios en los países centrales han variado el entorno para América Central. La desaparición del mundo socialista y la crisis que sufren Rusia y Europa Oriental tuvo como resultado que Centroamérica no revistiera ninguna importancia para este bloque. En un momento en que Rusia tiene que lidiar con el proceso de cambio político en Europa Oriental, y en que lo más importante para Europa Occidental es su integración y la necesidad de atraer la inversión y la ayuda extranjera, la región centroamericana tiene un valor cero en sus objetivos a corto, mediano o largo plazo. A pesar del apoyo que durante décadas brindó la ex-URSS a los partidos comunistas y a las guerrillas centroamericanas, el cual se canalizó a través de Cuba, hoy la región centroamericana no reviste ningún interés, menos aún desde que Cuba fue abandonada a su suerte.

Estados Unidos siempre ha sido la potencia clave para Centroamérica debido a los años de dominación imperialista en la región. Pero no es exagerado decir que las relaciones entre Estados Unidos y Centroamérica se encuentran hoy en un pésimo estado. La administración Bush y la nueva administración demócrata de Clinton no presentaron una propuesta para revitalizar las relaciones, sino que enfocaron su políti-

ca exterior sobre problemas concretos como el del narcotráfico, el de la deuda externa y las guerrillas; enfoques tratados desde una óptica de seguridad para los Estados Unidos y no de cooperación. Pero lo que subyace bajo estas tirantes relaciones es que la potencia ya no tiene los recursos económicos necesarios a su alcance para mantener su hegemonía en la región, y los recursos que posee se destinan a otras partes del mundo, que sí atraen, por diversidad de factores, el interés norteamericano; como, por ejemplo, la consolidación del NAFTA. Con la desintegración de la Guerra Fría el Istmo dejó de ser un punto de estrategia vital para la seguridad norteamericana y ya no existe voluntad política en la potencia para ayudar al desarrollo de la región; más bien se han tomado medidas proteccionistas y arancelarias que han golpeado gravemente las exportaciones centroamericanas a los Estados Unidos (Russell; 1990: 249).

Japón, en general, tiene poco contacto con América Latina y mucho menos con el área centroamericana. Las relaciones comerciales con Japón son ínfimas y restringidas a la exportación de productos agrícolas. La prioridad japonesa está concentrada en la región Asia-Pacífico, en donde la ayuda bilateral concentra el 75% de su inversión en el extranjero. Además, por su postura apolítica no hace donaciones de dinero sino que presta o invierte capital a gran escala. Su poca experiencia en sus relaciones con Centroamérica incide en que dejó esta región en manos de los Estados Unidos. Al único problema que le han dedicado una cuidadosa atención es al de la deuda externa y esto por un interés nacional: para fines de los 80 casi el 20% de la deuda latinoamericana se encontraba en manos de bancos japoneses, así el resolver este obstáculo redundaría en su beneficio (Plan Miyazawa) (Portales; 1989: 156).

El estado de las relaciones entre Europa Occidental y Centroamérica es cualquier cosa menos satisfactorio. Desde el decenio del 80 las exportaciones centroamericanas son las que han perdido mayor importancia comercial en los mercados europeos: el comercio se ha restringido al intercambio de bienes primarios y productos agrícolas centroamericanos por bienes manufacturados europeos. Un estudio de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina) en 1987, llegó a la desoladora conclusión de que las medidas proteccionistas de la CEE discriminaban más duramente a América Latina que a otras regiones desarrolladas y que la región recibe solo un 6% de la ayuda oficial europea a los países en desarrollo. Pero esta suma representa mucho para la región y las relaciones bilaterales son de vital importancia económica. A pesar del poco interés manifestado por la CEE hacia Centroamérica, los lazos económicos con Europa Occidental siguen siendo fundamentales.

En el campo político, el interés que manifiestan los europeos es diferente al económico, "...el interés

político europeo-occidental en América Latina se deriva de los procesos de democratización que han tenido lugar en la región. Los lazos forjados entre partidos, sindicatos, instituciones religiosas, grupos de solidaridad y otras organizaciones no-gubernamentales del Viejo Continente y sus contrapartes latinoamericanas ha configurado una red densa de vinculación entre las dos regiones" (Van Klareven; 1989: 34).

Ante este marco externo, condicionante del futuro de los países de la región centroamericana, es necesario que las decisiones internas de desarrollo económico se revitalicen. Con este panorama internacional la única solución para que los países centroamericanos puedan al fin encontrar su desarrollo económico y su progreso social, es impulsar políticas de acción conjunta a nivel externo.

Históricamente, la unión centroamericana se da en la época colonial bajo la Capitanía General de Guatemala, la cual agrupaba a cinco provincias: Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Desde estos tiempos también comenzaron a surgir las rivalidades y diferencias particulares entre las provincias y no se logró forjar un sentimiento de identidad entre ellas. Es por esto que al sobrevenir el proceso independentista y darse el primer intento de unión, este estaba destinado al fracaso.

La creación de la República Federal Centroamericana (1823-1842) se vio rápidamente obstaculizada por conflictos entre sus miembros, ya que no existía viabilidad política, al no haber un sentimiento de nacionalidad que los uniera. Pero desde los albores de nuestra vida independiente es que se cimenta, a pesar de que cada país consolida su respectiva nacionalidad, un movimiento integracionista que se ha mantenido hasta nuestra época contemporánea (Botey; 1993).

En la década del 60 hubo otro intento de unión: el Tratado General de Integración Económica Centroamericana, aunque en los años anteriores se había buscado a través de tratados jurídicos, políticos y militares bilaterales y multilaterales. Con este Tratado se intentaba unificar las economías de una manera gradual y progresiva, con el objeto de mejorar las condiciones de vida de los habitantes de la región. Sin embargo, pocos años después el Tratado perdió dinamismo debido a la falta de voluntad política de sus miembros de poner en práctica un modelo integral de desarrollo; y también este intento de unión fracasó (Céspedes; 1980: 132).

Con el programa de pacificación que se inició en el área centroamericana a finales de la década de los 80, volvió a resurgir el tema de la unión centroamericana. El primer intento se dio con la propuesta del entonces Presidente de Guatemala, Vinicio Cerezo, de crear un Parlamento Centroamericano (PARCA) (1986), que serviría de foro deliberativo para el análisis de los asuntos políticos, económicos, sociales y

culturales comunes y de seguridad del área centroamericana; y para impulsar y orientar los procesos de integración y cooperación entre los países de la región.

Frente a este proceso, los países centroamericanos aprobaron el Parlamento, con la excepción de Costa Rica. Prevalció la tesis aislacionista sustentada en que Costa Rica no tiene los mismos problemas político-militares de los demás países centroamericanos y que por ello le conviene aislarse de la región. Hasta el presente, Costa Rica no ha ratificado el PARCA.

En los inicios del decenio del 90, el tema prioritario en las relaciones exteriores de los países centroamericanos ha sido el de la integración política y económica. Sin embargo, Costa Rica sigue negándose a una integración política, aunque está dispuesta a una integración económica gradual y a largo plazo. La tesis del gobierno del ex-presidente Rafael Angel Calderón es que todos los intentos de integración política han fracasado y que la antigua política de aislacionismo costarricense pesa mucho como herencia mental en nuestro pueblo. Aunque se ha aceptado una integración económica, ésta debe venir precedida del cumplimiento de una serie de condiciones por los otros países. En lo que sí se ha mantenido una posición favorable es en negociar, de manera conjunta, proyectos económicos para la región y el atacar problemas como el de las restricciones a las exportaciones de banano, por parte de la CEE, y las negociaciones para el problema del precio del café en los mercados internacionales.

Es claro que en las actuales circunstancias, a los países centroamericanos les es difícil aprovechar las oportunidades que puede ofrecer un nuevo orden mundial. A menos que la región decida defender los intereses que le son comunes de una manera integrada.

En una época en que la tendencia mundial es buscar la integración económica en bloques regionales, los países centroamericanos deben unir sus esfuerzos para revitalizar la integración económica, tratando de superar los conflictos internos, para así actuar acorde a los nuevos tiempos que se avecinan y no quedar rezagados en el nuevo orden del concierto de las naciones: *"la integración económica regional debe convertirse en un mecanismo para ayudar a los países miembros en la búsqueda del progreso económico y en la manera de reducir su dependencia externa, es decir a buscar la autosuficiencia regional"* (Alfaro; 1990: 194).

El mayor obstáculo para la integración reside en las mismas estructuras de desarrollo de los países centroamericanos, que han perpetuado injustos sistemas sociales, subdesarrollo económico, militarismo y represión. En tanto los países centroamericanos no resuelvan sus propios conflictos internos, la integra-

ción centroamericana estará destinada al fracaso, porque el desarrollo económico que se persigue con la integración debe venir acompañado de una más justa distribución de la riqueza, de un proceso de democratización, de la supremacía de la sociedad civil sobre las fuerzas militares, de sistemas judiciales confiables; en fin sólo logrando estas transformaciones será posible consolidar el proceso de integración regional.

Es evidente que la única manera de que Centroamérica pueda enfrentar un nuevo orden mundial es buscando la integración regional.

3. CENTROAMERICA EN ESCENARIOS ALTERNATIVOS

Carlos Portales, especialista en Relaciones Internacionales, elaboró un esquema teórico sobre los posibles escenarios alternativos del nuevo ordenamiento mundial y los retos que le esperan a América Latina en esos posibles escenarios (Portales; 1989: 48-52). Hemos decidido retomar ese esquema y aplicarlo al área centroamericana, con un único propósito de tratar de predecir el futuro reagrupamiento del sistema internacional. Las alternativas que Portales vislumbra son cuatro y dependiendo de lo que ocurra, se determinará la probable inserción de Centroamérica en el nuevo marco mundial. A continuación presentaremos los posibles escenarios de un futuro orden mundial.

a. Multipolarización: Según este escenario puede ocurrir que se formen diversas constelaciones de actores dominantes, según las áreas geográficas. En el campo de la economía, especialmente en el manejo de la economía global y en el proteccionismo, existirá tanto competencia como cooperación entre las principales potencias económicas mundiales: Estados Unidos, los países de Europa Occidental y Japón.

La desaparición de la URSS llevará a negociaciones de desarme y habrá cooperación en cuanto a los conflictos del Tercer Mundo. Aumentará el poder político de nuevas potencias intermedias como China, India, Brasil y adquirirán nuevo peso en la escena internacional.

No habrá un centro único de poder sino que la dispersión del mismo dará paso a coaliciones cambiantes, según las circunstancias coyunturales.

Los países de América Central con economías más dinámicas, como Guatemala y Costa Rica, se integrarán más activamente en el sistema económico a través de alguna potencia. Mientras que los que poseen economías estancadas, como Honduras y Nicaragua, tenderán a aumentar su marginalidad.

En este escenario, el mecanismo de vinculación de la región a la economía mundial se determinará según su capacidad de crear vínculos con los nuevos

centros emergentes, para lo cual será vital formar grupos regionales y así adquirir mayor peso político y margen de maniobra internacional.

b. Regímenes de cooperación internacional:

Este escenario supondría una orientación más cooperativa de las relaciones internacionales y el fortalecimiento de los acuerdos que establezcan principios, normas, reglas y procedimientos de toma de decisión, alrededor de los cuales convergen las expectativas de los actores en una determinada área temática. En el nivel económico, se garantizaría el libre comercio y la aplicación de medidas que tengan en cuenta la situación de los países en desarrollo. En el campo de las relaciones de seguridad, "... *primaría el aumento de la confianza mutua, la tendencia a una reducción de armamentos equilibrada, la cooperación para la resolución de conflictos y la perspectiva de la transformación de las alianzas. En el plano político, el fortalecimiento de la cooperación y el derecho internacional y un renovado papel para los organismos internacionales*" (Portales; 1989: 50). Este escenario supone un gran fortalecimiento de los organismos supranacionales que tenderían hacia un gobierno de la humanidad para la resolución de los conflictos mundiales.

Para Centroamérica, éste sería un escenario muy favorable, ya que podría significar el desarrollo de un marco satisfactorio para soluciones a los problemas más graves de la región, como el de la deuda externa. Significaría una activa cooperación de los países centrales y un importante papel de los organismos económicos, los cuales regularían el establecimiento de un régimen comercial para otorgar un mejor acceso de los productos centroamericanos a los mercados mundiales.

En materia de seguridad, la cooperación internacional implicaría la limitación de los conflictos que más afectan a la región y que más inciden en la generación de otros conflictos, como la solución al narcotráfico y el subdesarrollo social. La participación de Centroamérica en el sistema internacional estaría mediatizada por las organizaciones internacionales y especialmente por un desarrollo más estable de la cooperación regional en diversas áreas temáticas.

c. Bloques regionales: Este escenario supondría una grave confrontación económica entre bloques regionales presididos por países líderes de las regiones: "*Cada uno sería capaz de integrar determinados espacios regionales que entrarían en competencia, un escenario de esa naturaleza se organizaría en torno a un área **dólar** centrada en Norteamérica (Estados Unidos, México y Canadá); un área **ecu** con el eje de Europa Occidental; y, un área **yen** en la región Asia-Pacífico encabezada por Japón*" (Portales; 1989: 53).

Un escenario de este tipo aumentaría la confrontación en cuanto al manejo de la economía mundial porque cada bloque fortalecería sus barreras proteccionistas. Esto le significaría a los países en desarrollo y a los del Tercer Mundo tener que integrarse a algún bloque regional que seguiría ahondando la dependencia y el subdesarrollo económico. Este escenario no supone ningún tipo de cooperación internacional ni de fortalecimiento de los organismos internacionales que buscan mejores oportunidades para el resto de los países.

Para América Central, este escenario sería el más complejo ya que reduciría al mínimo los márgenes de maniobra internacionales y aumentaría nuestra dependencia al bloque económico liderado por los Estados Unidos. Es en este escenario que cobra una importancia vital la integración centroamericana, la cual permitiría aumentar el peso político y económico de la región en el sistema mundial.

d. Re-bipolarización: Este escenario estaría caracterizado por un recrudescimiento de la confrontación entre dos poderosas superpotencias. En este marco las cuestiones de seguridad volverían a ocupar un lugar privilegiado en las agendas mundiales, y la carrera armamentista y las fuerzas armadas volverían a ocupar el lugar sobresaliente que tuvieron en los años de la Guerra Fría. La inestabilidad provocada por esta confrontación llevaría al sistema mundial a una agudización de los conflictos.

Para Centroamérica, una re-bipolarización implicaría espacios más limitados para su acción política internacional por el realineamiento que ocurriría al aliarse a alguna de las superpotencias; se fortalecería asimismo, la dependencia y la agudización de los conflictos de la región. En realidad, lo único que variaría este escenario del de la Guerra Fría es que habría un cambio de polarización entre potencias diferentes.

CONCLUSION

El panorama actual del sistema internacional en transición es de gran inestabilidad. Inestabilidad causada por los cambios internos en los países centrales. Mientras estos cambios no evolucionen hacia una mayor estabilidad interna, el desajuste y los desequilibrios seguirán incidiendo en la transición hacia el establecimiento de un nuevo orden mundial.

Centroamérica, como región, tiene a nivel mundial poco peso político y económico causado por sus problemas estructurales de bajo desarrollo económico, político y social. En tanto no ocurra una reforma de esas estructuras, la región no podrá mejorar su presencia internacional.

Hemos analizado que desde cualquier escenario de un nuevo orden mundial, la única solución para que Centroamérica logre acceder al progreso y a un

aumento de su margen de maniobra a nivel exterior es buscando la integración. El proceso integracionista debe ser el eje clave alrededor del cual deben formularse las políticas exteriores de los países centroamericanos, si se quiere sobrevivir en el nuevo orden mundial que se está reformulando. Si la voluntad de los países de la región tiene la suficiente fuerza, tal vez podamos llevar a la realidad el sueño bolivariano de unión entre los países americanos.

BIBLIOGRAFIA

Alfaro, José Miguel. "Costa Rica y la integración centroamericana". En: Rojas, Francisco (coordinador). Costa Rica y el sistema internacional. San José: Editorial Nueva Sociedad, 1990.

Andrade, Gustavo. "El proceso de estructuración de la política internacional japonesa". En: Wilhelmy, Manfred (editor). El sistema internacional y América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987.

Botey, Ana María. La República Federal (1823-1842). San José: Publicaciones de la Cátedra de Historia de las Instituciones de Costa Rica, 1993.

Céspedes, Jorge. "Evolución histórica, crecimiento y crisis de la integración económica centroamericana". En: Antología Historia de las Instituciones de Costa Rica, San José: La Cátedra, 1982.

Hrbek, Rudolf. "El impacto de la comunidad europea en las políticas exteriores de los países miembros". En: Wilhelmy, Manfred (editor). El sistema internacional y América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987.

Insulza, José Miguel. "Estados Unidos y la nueva realidad internacional: límites y desafíos". En: Portales, Carlos (compilador). El mundo en transición y América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1989.

Marshall, Jorge. "La cooperación internacional y la política de Estados Unidos hacia América Latina". En: Wilhelmy, Manfred (editor). El sistema internacional y América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987.

Portales, Carlos. "Los cambios en los países centrales y América Latina". En: Portales, Carlos (compilador). El mundo en transición y América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1989.

Russell, Roberto. "Política exterior y toma de decisiones en América Latina: aspectos comparativos y consideraciones teóricas". En: Russell, Roberto (editor). Política exterior y toma de decisiones en América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1990.

Scott, David. "Actores y factores en las relaciones contemporáneas de Estados Unidos con América Latina". En: Wilhelmy, Manfred (editor). El sistema internacional y América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987.

Tomasini, Luciano. La política internacional en un mundo postmoderno. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1991.

Van Klareven. "Europa Occidental y el sistema internacional: cambios internos y desafíos externos". En: Portales, Carlos (compilador). El mundo en transición y América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1989.

Varas, Augusto. "La Perestroika y las relaciones Unión Soviética-América Latina". En: Muñoz, Heraldo (compilador). Las políticas exteriores de América Latina y el Caribe: un balance de esperanzas. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1988.

Wilhelmy, Manfred. "La OTAN: aspectos de cooperación y conflicto". En: Wilhelmy, Manfred (editor). El sistema internacional y América Latina. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1987.